

Letras

"PASITROTE"

Ningún título mejor para estas notas literarias que el propio del libro que las motiva

Fueron ratos de amable solaz los que disfrutamos en la lectura y estudio del lindo volumen de 'poesía popular venezolana' que con ese título de 'PASITROTE' dió a las prensas, hace pocos meses, el poeta Ernesto Luis Rodríguez.

Aunque poeta de aparición relativamente reciente, Rodríguez cuenta ya en su haber los libros: "AGRAZ" (poemas publicados en 1936), "CANTARES DE TIERRA LLANA" (poemas publicados en 1939), y la primera edición de 'PASITROTE' que apareció en 1948.

La segunda edición de este último libro, que es la que ahora nos ocupa, difiere algo de la primera, tanto en la supresión de algunos pasajes o composiciones, como en la sustitución de otras; y en una nueva adaptación y división de los títulos de cada sección (1).

Comparando ambas ediciones, y los cambios introducidos, puede afirmarse que todas las modificaciones han sido muy atinadas. Esta nueva edición da al libro una unidad y armonía perfectas; se ha podado algo que, aunque de buena calidad rompía el equilibrio del con-

(1) Rodríguez, Ernesto Luis, PASITROTE, Poesía Popular Venezolana, Segunda edición, 1951, (sin carátula interior), C. A. Editorial Las Novedades, Caracas, 138 pp.

tenido, como eran aquellos "cinco sonetos de la tierra", y algunas "cantas" menos bien trabajadas. Fino tacto de auténtico poeta tiene el autor que así sabe depurar su obra, por autocrítica, y no le duelen prendas para saber usar a tiempo la podadera para el logro de un mejor fruto.

Debe también encomiarse el acierto innegable que se tuvo al introducir algunos títulos nuevos, y modificar algún otro. El autor ha sabido ambientar perfectamente este poemario de poesía popular llanera, de manera que los títulos de las diversas partes guardasen correlación con el título general. Para los venezolanos, nombrar el llano es evocar erseguida la figura de un jinete campesino que al "pasitrote" de su caballo marcha por uno de los mil e interminables caminos de la llanura invitadora.

La marcha del jinete irá variando, tal vez al acaso, tal vez a impulsos de sus diversos estados de ánimo; y la noble bestia que monta, —bien amaestrada y gala de su hato— dócil a la rienda irá marcando un suave "pasollano", o un ágil "dos y dos", o una vivaz "volatería", o una sencilla "trocha" de caminata. Y al compás de esa marcha sabanera, va el jinete soltando sus cantares, tristes o alegres, pero siempre llenos de fina intención lírica, y que va buscando plasticidad en las cosas y escenas más comunes de su vida ruda y pintoresca.

De esta manera, el poeta de 'PASITROTE' va llevando al lector a su lado, para hacerlo gustar primero en lo que llama "Volatería de la Glosa", las cantas de la "trocha del amor feliz" y las de la "trocha del amor doliente". Luego en el "Pasollano de la Décima" nos muestra el corazón del jinete que va ensayando "el amor en el juego", "el amor en el tino" y "el amor en el rumbo". Y por último nos despide con un breve "Dos y Dos del Romance".

Aun cuando nunca el verdadero artista, y por tanto el verdadero poeta suele estar del todo contento con su obra, sino que siempre aspira a superarse con nuevas y mejores creaciones; hay sin embargo, una justa satisfacción que todo artista debe merecidamente saborear, cuando con esfuerzo paciente y con trabajo atinado ve llegar a buena sazón los frutos de su ingenio.

Ernesto Luis Rodríguez puede cargar honrosamente con el auténtico título de

poeta. El libro que tan gratamente venimos ahora comentando, no nos deja mentir. Hay en sus páginas soltura perfecta del verso; manejo preciso y atinado de la rima, y un dominio casi señorial de una estrofa tan tentadora y traicionera como la décima, en cuyas sirtes tántos incautos suelen naufragar.

Pero no es solamente en este ropaje externo de la poesía de 'PASITROTE' donde encontramos méritos de legítimo poeta para su autor.

Queremos sobre todo señalar la vida exuberante que palpita en los versos de cada estrofa; vida de las cosas y de la naturaleza, —que forman el fondo o escenario—, pero que se entrecruza e incorpora a los actos y sentimientos de la vida humana del protagonista cantor de la llanura.

Rodríguez, poeta culto, letrado, —pero no erudito a la manera de Lazo Martí—, ha logrado empaparse muy mucho del sentido propio y típico con que palpita la vida del llanero ante los diversos casos y circunstancias que la rodea. Ha sabido vibrar a tono con las propias vibraciones del alma del hombre del llano, y ha logrado vaciar sus propios sentimientos y afectos en moldes espirituales totalmente llaneros. Aquerienciándose con lo más humano que ofrece el terruño de su patria chica, ha sabido transformarlo en poesía culta, en obra de fino artista, pero conservándole siempre el sabor y el tono de algo netamente popular. Ha hecho obra literaria de clase, sin remontarla a las alturas de la erudición fría o estudiada; ha hecho sabrosa poesía llanera, pero sin remedar la otra poesía ruda y elemental que llamamos poesía del llanero que es la espontánea del hombre iletrado que canta y cuenta su vivir en versos que nadie le ha enseñado.

Ya desde las primeras décimas de 'PASITROTE' el lector siente un vibrar emocionado, vivaz y juguetón, de primas y bordones por los que la voz de la guitarra y del 'cantor' se van desgranando ensueños y amoríos, anhelos y esperanzas, triunfos y desalientos. . . De la primera a la última estrofa, todo en esas páginas es dramatismo de un vivir, no pasión atormentada ni de quebrantos postradores, sino de jugueteo de aventura sobre la marcha del bridón pasitrotero por la sabana típica y pintoresca.

Véase como juega la idea y la intención en el verso saltarín y garboso de esta décima, una de las mejores del libro:

'La copla gira en el viento
si por mi rumbo te empinas
tu nombre va sin espinas
echando flor en mi acento;
y como casi te siento
sobre mi voz caminando,
vengo a pedirte cantando,
mientras las penas reúno,
que me pagues uno a uno

los suspiros que te mando.' (pág. 41)

Son especialmente expresivas, por la agridulce mezcla de reclamo entristecido y de resignación candorosa, esas décimas de la 'trocha del amor doliente'. Oigase la suave cadencia con que va tocando todo el paisaje esta décima que dice con mansa resignación:

'No queda ya cosa alguna
que cuente recados tuyos:
ni el fulgor de los cocuyos
ni la garza en la laguna.
Por los esteros sin luna
la celedonia me ensalma;
callada vive la palma,
la paraulata se esconde,
y como nadie responde

penando te dejó el alma.' (pág. 63)

El poeta ha ido matizando todas sus estrofas con alusiones y referencias a muchas de las cosas más típicas que encuentra el llanero en su vivir cotidiano. Ríos y árboles, pájaros y flores, trabajo y juegos, soledad y algazara, en una palabra, todo lo que brinda un rasgo típico y pintoresco entra en esos versos, para formar la décima alegre y decidida. Y entra en juego el vocabulario popular, y las formas del lenguaje peculiar de la llanura, y todo se va ensartando en cantar culto y literario, que el poeta sabe elaborar con gusto y precisión admirables.

Y así brotan figuras y comparaciones, sencillas y espontáneas en la parla del llanero, pero que son originales y expresivas para el lector de la ciudad que se recrea en el frescor y galanura de su contenido.

Cómo agrada la artística sencillez de frases como esta:

'Por tí me afino cantando
como en el aire la palma?'. (pág. 24)

O la comparación sin adornos, que canta:

'creces a orilla del riego
con fina gracia del arbusto,
y tienes todo el regusto

del mango recién caído" (pág. 28)

Otras veces el poeta sobre un motivo que le brinda el llano, busca crear una

nueva figura, y olvidando el lomo de su caballo por la fría mesa de un cuarto de estudio, escribe:

“Me salpicó tu albedrío
bajo el solazo caliente
y en mi curiara sin gente
pulsé la cuerda del río”. (pág. 27).

Sería cosa de nunca acabar, si quisiéramos ir presentando ahora muchos otros atinados ejemplos de ese arte peculiar.

Estamos ante una poesía que se nutre de la entraña de lo popular, —en este caso lo llanero—, y se reviste con las galas de la literatura sobria y acabada.

Porque el poeta ha sabido llevar muy lejos el alcance de su obra artística. Ha sabido no sólo acercarse con cariño a cosas y frases de la vida popular llanera, sino que ha logrado penetrar en el alma misma de su pueblo, y asimilarse los rasgos psicológicos de las diversas manifestaciones de su vida. Y entre esos rasgos el que mejor sobresale es ese sentido juguetón, casi humorista, con su grano de picardía, que suele adoptar casi siempre el llanero ante las más variadas circunstancias. Siempre a flor de labios está la frase pintoresca, o la salida de tono gracioso, o hasta inconexa, o el corte final que inesperadamente traza un rayo de luz, de alegría o de bondad; nunca en cambio se le ve postrarse en gesto pesimista o soltar la frase tinta en amargura.

El poeta Rodríguez hace un despliegue saleroso y bien logrado de esos rasgos típicos de alma llanera, sobre todo en la segunda parte de su libro, en la que las décimas nos van hablando y cantando de ‘el amor en el juego’, ‘el amor en el tino’ y ‘el amor en el rumbo’.

Hallamos al llanero en ‘el boche’ jugando bolos; pero en realidad jugando al amor, y sirviéndose del boche para trenzar una serie de figuras y requiebros que no logran su intento, porque se estrellan ante la seria compostura de la dama que rechaza lo que le veda su dignidad. Y el poeta, al retirarse resignado, sabe salir con su última jugarreta de palabras:

“Mi soledad hoy presencia

(2) Muy atinadamente el poeta cambió este título de la primera edición que decía: ‘la pelea de cocos’, por el presente que es el más expresivo y popular: ‘echando cocos’.

(3) Creemos que el justo mérito literario de estas composiciones nada perdería si se hubiesen suprimido unas cuantas ex-

como guitarra sin cuerda.
Has querido que yo pierda
para que sufra en silencio.
Todita en mí te aquerencio,
pagas con raros anojos...
Por jugarte mis antojos
al claro sol del domingo,
mi corazón es un mingo
que me bocharon tus ojos! (pág. 72).

Y de manera semejante lo vemos en el típico juego de ‘echar cocos’ (2), o en la gallera, o jugando a ‘pares o no-nes’; y como casi siempre, también en este último halla fácil retruécano para exclamar con soltura:

“pienso por muchas razones
que tu cariño me gano.
Pero al abrierte la mano
tu corazón dice: ¡nones!”. (pág. 80)

Y a cada paso, entre el relato conciso de una y otra escena, y haciéndole fondo y guirnalda a la intención amorosa, el cantor nos regala bellos toques de la más refinada poesía. Con los rasgos de la siguiente décima tendría motivo un pintor para plasmar un lienzo toda gracia, calor y armonía:

“Con agua de manantiales
vuelves cantando al bohío,
la brisa con el rocío
se besa en los morichales.
Hasta los senos frutales
el pelo en retozos baja;
y por tu piel donde cuaja
panal de aromas caseros,
va derramando luceros
llena de azul la tinaja”. (pág. 111).

Esto es auténtica poesía, y de no escasos quilates. Su arte lozano, trabajado sin falsas poses ni abstraccionismos pedantes; sencillo sin aplebeyamiento primitivista, despierta enseguida el comentario acogedor, y la palabra de estímulo para que el poeta siga de rato en rato cultivando tan rica parcela.

Junto al excelente romancero ‘JAGUEY’ de H. G. Villalobos, y junto a las ‘CANTAS’ de A. Arvelo Torrealba, deberá siempre figurar entre lo más representativo de nuestra moderna poesía popular este libro ‘PASITROTE’ que tan gustosamente hemos querido comentar.

Pedro P. Barnola, S. J.

presiones realistas, casi crudas por su misma intención picaresca, y alguna de ellas de positivo mal gusto. Nunca el pudor ni la gracia del recato hacen daño a la obra de arte, y menos aún a la poesía popular. Lo señalado son leves lunarillos que sin duda sabrá prevenir el poeta en futuras composiciones.